

iglesias en una larga serie de siglos, deberemos imaginar que se completó desde entonces el número de sus escogidos? No quiere Dios que pongamos límites á sus misericordias, ó que intentemos sondear los caminos de su justicia. ¡O profundidad de los consejos y juicios del Altísimo (esclamaremos al ver que la nacion mas á propósito al parecer para el reino de Dios, queda escluida de él para siempre, si hemos de juzgar por sus disposiciones actuales)! El Japón, que, considerado el ardor de su fe naciente, parecia estar destinado para llenar, á lo menos en parte, el hueco que dejaba en la Iglesia la desercion de tantas naciones europeas, cayó otra vez en unas tinieblas mas difíciles de desvanecer que en ningun tiempo.

47. Desde que los hugonotes habian enarbolado el estandarte de la rebelion, su poder establecido y consolidado en los débiles reinados de los tres hijos de Catalina de Médicis, y respetado despues, aunque por fuerza, por Enrique el Grande, disfrutaba aun de casi todas sus usurpaciones, cuando ocupó el ministerio Armando Plessis Richelieu, obispo de Luzon. Percibíase entonces en el seno de la monarquía una especie de república, que no solo tenia su religion particular y muy opuesta á la del Monarca, sino tambien sus gefes políticos y militares, sus contribuciones y su tesoro, sus consejos, sus asambleas, sus plazas de armas y sus guarniciones que no dependian del Rey, al cual solo estaban sujetos en la apariencia, y tenian dividida la Francia en ocho círculos ó cantones republicanos, cuyos gobiernos ascendian á

igual número de señores de su secta. Luego que vieron que Luis XIII se preparaba á reducirlos á una sumision real, distribuyeron sus gefes por todas las provincias del reino, á fin de oponerse en todas partes. El duque de Bouillon, distinguido por sus grandes servicios, se consideraba entonces como la principal persona del partido. No obstante, le obligó á permanecer pacífico la triste esperiencia de lo pasado. Cargó, pues, el duque de Roan, que era uno de los primeros hombres de su siglo, con todo el peso de esta guerra, que sostuvo con la triste gloria que puede resultar á un vasallo cuando toma las armas contra su Soberano. Vemos por sus memorias que no fue Roan, el único árbitro de las resoluciones, y que los clamores de los ministros, gentes tan osadas en el consejo como cobardes en los lances peligrosos, le obligaron á pedir con las armas, lo que pensaba lograr y habria obtenido probablemente con las súplicas.

48. Se encargó de hacer por sí mismo varias tentativas contra algunas plazas de Lenguadoc y del Delphinado; pero fueron descubiertos y trastornados sus proyectos. El mariscal de Themines, que mandaba las tropas del Rey en Lenguadoc, tomó por asalto el castillo de Bonnac, y usó de una severidad que manifestó á los rebeldes que por ultimo se miraba ya la rebelion como un delito. Fue quemado el castillo, y entre todos los religionarios que cayeron en manos de las tropas reales, solo se perdonó la vida á uno, con la condicion de que habia de ahorcar á todos los

demás, de cuyo número dicen que era su propio padre.

49. Por otro lado, Soubise, hermano del duque de Roan, sorprendió y se apoderó de puerto Luis en Bretaña, cogió allí siete navíos, derrotó despues la armada real, se hizo dueño del mar, y tomó la isla de Rhe y la de Oleron; pero al cabo de pocos meses el conde de Rochefoucault, valiéndose de los navíos que Richelieu habia reunido de todas partes, hizo un desembarco en la isla de Rhe, desde donde pasó Soubise con sus tropas, despues de una ligera resistencia, al fuerte de San Martin. Habiendo salido una escuadra de la Rochela, fue al punto á acometer á la del Rey, mandada por el duque de Montmorenci, almirante de Francia, la cual despues de un combate muy reñido consiguió victoria completa. El dia siguiente se rindió el fuerte de San Martin; pero antes se escapó Soubise, y se retiró á la isla de Oleron. Tomó el mismo rumbo la escuadra victoriosa, siendo esto bastante para obligarle á huir á Inglaterra, y se recobró la isla de Oleron con la misma facilidad que la de Rhe; pues no se trató mas que de reducir un fuerte donde tenian los hugonotes una guarnicion de setecientos hombres. El año siguiente 1627 logró Soubise que aprontase la Inglaterra un refuerzo de ciento y cincuenta velas con tropas mandadas por el duque de Buckingham, que desembarcaron en la isla de Rhe; pero todo este formidable armamento fue arrojado de la isla en algunos meses por el mariscal de Schomberg. Entonces pidieron con humildad la paz los

rebeldes, é hicieron que la solicitasen los protestantes de Alemania, aliados de la Francia. Ya se habian ajustado con ellos tres paces desde el año 1612, con unas condiciones que les eran muy ventajosas, y no obstante fueron bien admitidas sus súplicas, porque en un reinado que aun no habia adquirido la consistencia necesaria, era forzoso recurrir á estos temperamentos. Pero se conoció ya la necesidad de abatir una secta que solo abrazaba el partido de la sumision cuando no estaba en estado de seguir sus rebeliones.

50. La Rochela, capital de la república que pretendian establecer en Francia los hugonotes, era la guarida de los rebeldes mas furiosos: allí se tomaban las resoluciones mas violentas: de allí salian la mayor parte de los atentados cometidos contra el trono; y de allí habia salido por último la escuadra que se habia atrevido á medirse con la del Rey. Eran tan delicados los sectarios en orden á su independencia, que una de sus guerras habia sido causada por la construccion del fuerte Luis, edificado en sus inmediaciones por orden espresa del Monarca. En una palabra, era la Rochela la cabeza de un mónstruo que vivia en el seno de la monarquía, que se sustentaba con su sustancia mas pura, que solo podia crecer á espensas de ella, y que merecia ser cortada por Richelieu. Formó este ministro el proyecto, le meditó, se fijó en él, y nadie dudó ya de su egecucion, no obstante los grandes obstáculos que se presentaban. Por el lado de tierra estaba fortificada la plaza con seis grandes baluartes guarnecidos de cien piezas de

artillería, y por otra parte era casi inespugnable á causa de los pantanos de que estaba rodeada. Por el lado del mar, estaba abierta la entrada á todos los enemigos del reino, y particularmente á los ingleses, los que llevaban todos los días nuevos auxilios y refuerzos. Los habitantes del pueblo, á quienes el fanatismo inspiraba un valor igual al de los soldados veteranos, habian resuelto perecer con sus mugeres é hijos antes que rendirse. Conociendo Richelieu que solo conseguiria reducirlos á fuerza de tiempo y por hambre, formó una circunvalacion de tres leguas de terreno, y ordenó construir mas cerca de los baluartes trece reductos muy grandes. Para cortar los auxilios que llegaban por mar, mandó formar en la rada aquel dique prodigioso de ciento cuarenta y siete toesas de largo, dejando á la mitad de él una entrada por donde no podian pasar dos navíos de frente, y en una y otra parte habian construido dos fuertes coronados de artillería de grueso calibre para defender este paso estrecho. Llevóse á cabo esta grande obra del modo mas sencillo. Pompeyo Targone, famoso ingeniero italiano, formó al principio, con toneles llenos de madera, distintas estacadas que no pudieron resistir á la fuerza de los vientos y de las aguas. En fin, Clement, natural de Dreux, que fue despues arquitecto del Rey, y Juan Tiriau, maestro de obras de París, hicieron llevar una porcion de barcos que se colocaban en la direccion del dique proyectado, y se cargaban de piedras hasta que se iban á pique. Las agitaciones del mar reunian al rededor la arena y el

casquijo que en muy poco tiempo formaron una mole sólida, y tan firme como los límites fijados por la naturaleza.

Riéronse al principio de la empresa los sitiados, atribuyéndola al orgullo del ministro, de quien decian que habia formado el proyecto quimérico de enseñorearse del Océano; pero cuando vieron que el dique burló los esfuerzos sucesivos de dos escuadras inglesas, le miraron de muy distinto modo. No obstante, no por eso pudo reducirse su obstinacion, defendida por otras muchas pasiones. Guiton, corregidor de la ciudad y encargado del mando de las tropas, mandó que se pusiese un puñal encima de la mesa del consejo para degollar al primero que hablase de rendirse. Padecióse así una hambre estremada: se comieron todos los animales domésticos, perros, gatos y todos los ratones que pudieron cogerse, y fue tan grande la escasez en mas de un año que duró el sitio, que dió al traste con doce mil personas. Instruido el ministro de estos apuros, y conociendo que la plaza no podia tardar en rendirse, quiso dar al Rey el placer de que pudiese atribuirse la victoria. Luis, naturalmente esforzado, habia asistido al principio del sitio, en el que iba á la trinchera, y aparecia á cuerpo descubierto para reconocer todas las obras; se estremecian los mas intrépidos al ver los riesgos á que se esponia, y no se apartaba de las baterías, donde le pasaron por encima de la cabeza mas de trescientas balas de cañon. Pero con motivo de su quebrantada salud y del rigor del invierno, se vió obligado á